



En Colombia, a veces el pacto entre las dos familias detentadoras del poder se rompe y hay graves disturbios, como estos enfrentamientos entre estudiantes y policías que la foto refleja.

América Latina

EL MALESTAR DEL CAMBIO

El episodio tragicómico de las elecciones dominicanas termina con la proclamación del candidato de la oposición, como estaba programado, mientras se preparan las elecciones en Perú y en Colombia entre sobresaltos, sangre y picaresca política. El designio para toda Latinoamérica parece ser el del cambio de las formas dictatoriales por las formas de la democracia controlada, de la democracia fuerte. No a todos los políticos en ejercicio, no a todos los partidos en el poder, les parece soportable esta alternativa: se ofrecen a ser ellos los protagonistas del cambio, y no lo consiguen. No tienen credibilidad.

El episodio de la República Dominicana tiene la ventaja de ilustrar perfectamente la situación: el partido en el poder aceptó las elecciones libres pensando que las ganaría; a medio recuento se vio perdido y secuestró las urnas de acuerdo con las Fuerzas Armadas —o con parte de ellas—, pero el palmetazo del maestro exterior les hizo devolverlas, contar bien los votos y reconocer, como acaba de hacerse, el triunfo del candidato de la oposición, Antonio Guzmán, ter-

minando en teoría la larga etapa de poder arbitrario. Pero Guzmán aclara rápidamente en sus primeras declaraciones que se propone hacer una política moderada de centro-izquierda, que de ninguna manera contará con los comunistas, que apenas contará con su propio partido —que se llama Revolucionario—, sino que formará un Gobierno de técnicos neutrales, de notables, de gentes de prestigio; y que la pieza maestra de su política será la colaboración con Estados Unidos. Sin los cuales no sería Presidente. Todo entra en el orden.

En Colombia las elecciones están previstas para el próximo domingo: se temen incidentes graves. Como se sabe, Colombia está gobernada desde hace años por dos partidos, el Liberal y el Conservador, que en realidad representan dos grupos de familias que se reparten la riqueza y el poder. Tienen una "política de consenso", el pacto llamado del Frente Nacional, por el cual se intercambian el poder cada cuatro años, sin que la política cambie visiblemente. Todo ello permite la abundancia de la corrupción. A veces, el pacto se rompe y hay graves disturbios. El deseo

de cambio y la deterioración de la economía están presionando sobre esta organización: en los últimos dos años, los estados de sitio, cierres de Universidades, detenciones en masa, los motines y los brotes serios de terrorismo alteran la superficie de la vida diaria. La campaña electoral ha hecho culminar todos los riesgos de la situación. Estas elecciones deberían ser ganadas por el partido liberal, cuyo candidato es Julio César Turbay Ayala; pero todas las observaciones indican que las va a ganar el conservador, en el poder: candidato, Betancourt. Hay una candidatura dictatorial, la del general Valencia, que propone la congelación de los partidos; una izquierda dividida (trató de formar un frente unido, con Gabriel García Márquez como candidato, pero no lo consiguió) y algún otro candidato pintoresco y fantástico. Y, sin embargo, no hay seguridad de que se celebren las elecciones.

Tampoco las hay en Perú. Se convocaron, en principio, para este domingo: se han aplazado para el domingo 18, y la campaña se desarrolla entre disturbios, sangre en las calles, detenciones

y deportaciones. Perú, con los "nuevos militares", en torno a Velasco Alvarado, supuso una esperanza en el continente: se hablaba de la "vía peruana". Gobernarían estos militares con un sentido social amparado por la izquierda, con la aceptación y la colaboración del partido comunista: con una reforma agraria, unas nacionalizaciones, un distanciamiento de los Estados Unidos y un nacionalismo que parecía de nueva especie. Poco a poco esta revolución se fue degradando. En 1975, el "padre de la revolución", Velasco Alvarado, fue apartado del poder. Siguió un motín, un intento de sublevación de la extrema derecha (el general Bobbio Centurión), nuevas purgas de militares de la izquierda y las medidas correspondientes: la pesca fue des-nacionalizada y regresó a las grandes compañías, las multinacionales volvieron al petróleo, las huelgas quedaron prohibidas, y hasta se prohibieron, como símbolo del regreso al tradicionalismo derechista, los anticonceptivos. Es decir, Perú entraba a su vez en todo el cambio general de América Latina hacia los regímenes fuertes de derechas. El otoño pasado, un grupo de oficiales superiores que habían intervenido en la creación de un partido de carácter socialista fueron expulsados del país; entre ellos, ministros que habían estado en el Gobierno de Velasco Alvarado. Han vuelto ahora al país, y han sido expulsados de nuevo. La semana pasada, la huelga general convocada por representantes sindicales —protestaban de un alza del 60 por ciento en el coste general de la vida— fue reprimida con abundante sangre: se produjeron encuentros entre el Ejército y los obreros. Y el Gobierno decretó el estado de excepción y la suspensión de garantías constitucionales. En Lima y otras ciudades se ha implantado el toque de queda. Se ignora si en estas condiciones podrán celebrarse las elecciones, y qué garantía de libertad pueden tener.

En Bolivia, el regreso de Paz Estensoro se interpreta como una medida de apaciguamiento. Paz Estensoro ha sido Presidente de la República durante tres mandatos: llevaba ahora cuatro años en el exilio. El poder absoluto que ejerce el general Hugo Banzer ha convenido en celebrar elecciones, bajo ciertas condiciones. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, que es el partido de Paz Estensoro, celebra un congreso nacional del que ha de salir su aceptación o no de las elecciones, y la posibilidad de que Paz Estensoro presente de nuevo su candidatura. ■